



20

SEGUNDO INTENTO – 1886

El día había amanecido gris, y una fina y pertinaz llovizna obligaba a buscar reparo bajo el techo del andén. Era molesta, sobre todo cuando había que viajar, pero los agricultores habían estado esperándola. Siempre era preferible a las tormentas de granizo que, en esta época, solían arruinar la última cosecha del verano. Recostado contra la pared de la Estación del ferrocarril, el P. Torres la contemplaba, en silencio.

Había estado unos días en Yucat, viendo las mejoras emprendidas por el P. Avelino y, sobre todo, aprovechando para confesarse e intercambiar ideas con su viejo formador. Ahora, la suavidad de la lluvia parecía ayudarlo a rumiar y ordenar en su interior todo lo conversado.

- ¡Padre Torres! – escuchó de pronto – ¡Quién diría que lo encontraría en Villa María!



El Padre salió de su ensimismamiento, encontrándose con el Pbro. David Luque que se acercaba a saludarlo.

- Pues, ¡lo mismo digo! – respondió sonriente, mientras estrechaba la mano de su amigo.
- Me parece que los dos tenemos la misma intención: llegar a Mendoza⁴⁴. ¿O me equivoco?
- Planteado así, yo diría que sí – respondió, riendo, el P. Torres. – ¿Va a visitar a sus hijas Esclavas?
- ¡Usted lo ha dicho! Aunque ahora tenemos la ayuda del ferrocarril para acortar distancias, ¡siguen estando muy lejos! Y ellas necesitan, no solo ayuda y orientación, sino también mi presencia y compañía, para responder a las distintas situaciones, sin perder ni menoscabar su ser Religiosas. ¿Y usted, amigo? ¿Lo requieren sus frailes?
- ¡Sí y no! Aprovecharé para verlos, obviamente, pero lo que motiva mi viaje es la llegada del Visitador General, Fr. Benjamín Rencoret. Estará unos meses entre nosotros y, como Provincial, quiero recibirlo y hacer que se sienta en su casa.

En ese momento, se dejó sentir el silbato de la locomotora que se acercaba, y el chirrido de las ruedas sobre los rieles, frenando, hasta detenerse en la Estación. Una densa humareda cubrió el andén cuando, finalmente, se detuvo. Viendo bajar a los pasajeros, otro andén vino a la memoria del P. Torres: el de las Mercedarias, en Uruguay. Sonrió con tristeza, recordándolas.

Pocos momentos después, sonó nuevamente el silbato, anunciando, esta vez, que el tren estaba listo para partir. Subieron los nuevos pasajeros y se ubicaron juntos, nuestros dos amigos. La compañía les haría el viaje más grato y más corto. ¡Tenían mucho de qué conversar! Al día siguiente, llegados a destino, se separaron, cada cual a sus obligaciones.

⁴⁴ El año anterior, 1885, se había inaugurado el último tramo del ferrocarril, por el cual, saliendo de Villa María (Pcia. de Córdoba), pasando por Río Cuarto, Villa Mercedes, San Luis, se llegaba a Mendoza Capital.



Los mercedarios recibieron con gran alegría a su Provincial, y los novicios no tardaron en ponerlo al tanto de sus expectativas y ansiedad por la pronta presencia del Visitador. ¿Qué se esperaba que ellos hicieran? ¿Había que tener algún tipo de formalidad especial? ¿Tendría encuentros personales con cada uno? ¿Podrían continuar con sus actividades y estudios? Haciendo gala de su gran paciencia, el P. Torres, fue serenándolos y, con su conocido buen humor, logró, poco a poco, aplacar el ánimo de los formandos.

- El P. Rencoret viene, tal como lo indica el nombre de su cargo, a “visitar” nuestras comunidades. Por lo tanto, compartirá nuestra vida, en todo, tal como ella es. Entonces, lo único que tienen que hacer, es seguir viviendo como hasta ahora. ¡Bueno! – agregó como al pasar – ¡tratando de “no mostrar la hilacha” ni “sacar los trapitos al sol”!

Le respondieron las risas de los jóvenes, mientras bromeaban entre ellos, preguntándose: “¿Seremos capaces? ¿Podremos lograrlo?”.

- Fundamentalmente – agregó el P. Torres –, lo que yo espero de ustedes es que, poniendo en práctica todo lo que su Padre Maestro les enseña, lo hagan sentir parte de la comunidad, y no un extraño. ¿Puedo contar con ustedes?
- ¡Sí, Padre! – respondieron a coro, aliviados.

En los días subsiguientes, se dedicó a realizar trámites para la Orden, presentarse ante el Obispo, hacer una visita de cortesía a las Hnas. Esclavas, entrevistar a algunos jóvenes interesados vocacionalmente y, ¡por supuesto!, compartir la vida común con sus Hermanos. Su testimonio era la cátedra ambulante en esta materia, tanto para los frailes mayores, como para los que recién comenzaban a caminar en la vida religiosa.

Una tarde fue a verlo un sacerdote diocesano, el Presbítero Germán Ormazábal. Generalmente lo hacía, cuando se enteraba de que el P. Torres andaba por la ciudad. Le gustaba consultarlo y departir con él, sobre el tema que fuese. ¡Le impresionaba la sabiduría y don de gente, con que encaraba o resolvía las situaciones! Y en el ámbito de la vida espiritual... ¡bueno! ¡Era evidente que hablaba, no desde los libros, sino desde la propia experiencia! ¡Se sentía privilegiado de contar con su guía y su amistad!



- Me enteré, hace unos días, de que hay Religiosas Mercedarias en Chile – comentó el P. Ormazábal, luego de un rato de charla.
- Sí, ya hace unos años que se instalaron. De hecho, me encontré con ellas en Montevideo, cuando venían hacia acá – respondió el P. Torres. – Intenté que fundaran aquí, pero no tuve suerte.
- Podríamos intentarlo ahora – dijo el sacerdote, con evidente entusiasmo –; según me dijeron, un grupo de ellas está a punto de regresar a Europa. ¿Qué le parece si les mandamos un telegrama para que suspendan su viaje, y vengan aquí?
- Y mientras tanto, pedimos el permiso al Obispo, y vemos de conseguirles casa y algo de dinero... – reflexionó, con voz suave y soñadora, el P. Torres –. Amigo mío, ¡me gusta la idea!

Inmediatamente pusieron manos a la obra. El P. Ormazábal se encargó de enviar el telegrama, mientras el P. Torres pedía audiencia con el Obispo. Sabiendo que uno de los requisitos para el permiso era disponer de fondos para afrontar los gastos necesarios, sin tener que recurrir al Obispado, buscó entre las familias adineradas cercanas a la Merced.

Orientado por sus Hermanos, pronto se puso en contacto con una dama que, con gusto, puso veinte mil pesos a su disposición. Claro que... ¡debería cobrarle algún interés! Ante esta aclaración, el P. Torres volvió a considerarlo. Su idea había sido conseguir un préstamo, libre de gravámenes. Ahora, la cosa cambiaba. Sin embargo, si con esto lograban que las Hermanas fundaran en la Argentina, ¡con gusto pagaría el interés! Sabía que la Virgen le conseguiría el dinero, como fuera, para poder responder al compromiso contraído. Cerraron trato, acordando hacer efectiva la entrega del dinero, una vez que tuvieran la respuesta del Obispo y de las Hermanas.

Días después, se encontraron los dos sacerdotes en el Obispado, para la audiencia solicitada.

- Padre Germán, ¿ha tenido usted alguna respuesta al telegrama?
- Ninguna, Padre. Esta mañana les he enviado otro, por temor de que no les haya llegado el primero.
- Quiero creer que están considerando la propuesta – dijo el P. Torres, renuente a tener que aceptar otra negativa.



Enseguida fueron invitados a pasar al despacho del Obispo. Se saludaron con mucha cordialidad; ya hacía tiempo que se conocían, y había crecido entre ellos un aprecio sincero, basado en la valoración y respeto mutuo. En pocas palabras lo pusieron al tanto de su “sueño/proyecto/emprendimiento”, solicitando su aprobación y apoyo. El Prelado se mostró igualmente interesado, por lo que, luego de concederles la licencia, los bendijo, augurándoles poder llegar a concretar la fundación. El P. Torres sentía el gozo de ver, casi realizado, su sueño.

Pero los días siguieron pasando, y las Hermanas no respondían. Enviaron un tercer telegrama, y la respuesta continuó siendo el silencio.

Finalmente, llegó el día del arribo del Padre Visitador. Venía de Chile y, puesto en conocimiento de los trámites que estaban realizando los Padre Torres y Ormazábal, dijo con franqueza:

- Lamento tener que darles esta noticia, pero las Hermanas ya tienen sacados sus pasajes para Europa. Es inútil intentar convencerlas de cambiar sus planes.

El P. Torres asintió, en silencio. Su exterior permaneció inmutable, apacible, pero en su interior sintió la impotencia del sueño escapándosele de entre los dedos, como agua. Se escapaba, pero permanecía... Dejaba un vacío, pero echaba raíces... Solo Dios sabía hasta cuándo debería permanecer en la incertidumbre. Él, solo confiaba.